

**Cruz, Facundo y Pérez Alfaro, Gastón (comps.). *Después del terremoto: el sistema político argentino a 20 años de la crisis de 2001*. Buenos Aires, China Editora, 2021, 387 páginas.**

*Cruz, Facundo y Pérez Alfaro, Gastón (comps.). Después del terremoto: el sistema político argentino a 20 años de la crisis de 2001*. Buenos Aires, China Editora, 2021, 387 pages.

**Ramiro Albina Llompart\***

UBA

Argentina

**Fecha de recepción:** 05-04-2022

**Fecha de aceptación:** 27-06-2022

Un terremoto es un movimiento violento de la Tierra causado por la brusca liberación de energía acumulada. El 2001 en Argentina fue una sacudida para un sistema político que acumulaba tensiones bajo la superficie.

En *Después del Terremoto el sistema político argentino a 20 años de la crisis* (2021) nos encontramos con un recorrido por las razones que llevaron a que el 2001 se constituyera en un símbolo para la política argentina. Podemos decir que el epicentro del terremoto del 2001 estuvo en el corazón de la democracia representativa: la confianza social entre gobernantes y gobernados. La utilización de la expresión “crisis de representación” parece mostrar un carácter cíclico en el debate político. Por lo tanto, más que de *crisis* quizás debemos hablar de *transformaciones*. El vínculo representativo es uno de los ejes fundamentales de nuestras democracias pero al mismo tiempo constituye un fenómeno cargado de cierto misticismo. En una sociedad que adquiere cada vez más una lógica de red, el hecho de ceder el poder de tomar decisiones que impactarán directamente en nuestra vida cotidiana en un grupo de representantes constituye una realidad sujeta a enormes desafíos y expuesta a una fragilidad constante. Más aún en un mundo donde la tecnología

---

\* Correo electrónico de contacto: [ramiroalbina@gmail.com](mailto:ramiroalbina@gmail.com)

parece estar “desintermediando” algunos aspectos del vínculo entre ciudadanos y representantes (potenciado por las corrientes que hacen bandera de la “antipolítica”).

Las distintas disputas por el significado práctico de la *representación* acompañan el desarrollo de nuestras democracias (Birch, 1993). Estas disputas giran en torno a quién debe ser representado (la definición de los contornos de una comunidad política y los intereses a representar); cómo deben ser elegidos los representantes; y cómo estos deben comportarse (si tienen que estar sujetos a un mandato rígido o tener una flexibilidad considerable de acción). No hay respuestas correctas a cada una de ellas. Sin embargo, la confianza ciudadana no fue el único elemento que se vio sacudido por esta crisis. Todo temblor tiene sus réplicas: movimientos sísmicos que ocurren en la misma región en donde hubo un terremoto central. En ese sentido, el libro realiza un recorrido profundo a través de múltiples aristas que se extienden más allá de los hechos puntuales de aquel diciembre. A lo largo de sus cuatro secciones se recorren las rupturas y continuidades en el sistema político argentino desde todos sus aspectos: el sistema de partidos, el funcionamiento de la maquinaria estatal en perspectiva multinivel, la identidad y representación política, el régimen democrático, la política exterior, el funcionamiento del sistema judicial, el rol de las mujeres, entre otros.

En su capítulo, Camila Perochena analiza el lugar que ocupó *el 2001* en la construcción de la identidad kirchnerista en tanto factor de legitimación, constituyendo “el momento previo a la refundación del país” (p.38). La autora deja claro desde el comienzo la distinción fundamental que existe entre *historia* y *memoria*. En este sentido, el capítulo no se enfoca en la historia del 2001 sino en la memoria en torno a aquel acontecimiento y, en particular, en su instrumentación como forma de construcción de una identidad política. La memoria no es una extracción exacta de un fragmento de la historia; más bien constituye un campo de batalla que sufre modificaciones cada vez que evocamos nuevamente aquel recuerdo. Por esta razón, los lugares de memoria no solo vienen cargados de recuerdos, sino también de olvidos selectivos.

Mauricio Vázquez comienza su capítulo con un diagnóstico tajante: si bien la Argentina ha logrado sostener el ideal democrático como forma de gobierno y de organización política, todavía seguimos encerrados en el laberinto de encontrar un camino consistente y perdurable de desarrollo económico y calidad institucional. De este

diagnóstico se dispara una pregunta: ¿cuál es el rol de la ciencia política en un país en crisis? En particular ¿qué rol tuvo esta disciplina como fuente de saber científico en el aprendizaje de todos estos años? Su conclusión es que todavía está vigente el desafío de consolidar nuestro rol en la sociedad como politólogos/as. Durante el recorrido (en gran medida exitoso) de avanzar en una mayor rigurosidad de nuestros conceptos, no le dimos la debida importancia a la forma de que este saber sea transmisible a la ciudadanía toda. Vázquez nos invita a enfrentar el desafío de participar en la construcción de los imaginarios mentales que circulan en la política argentina. No es una preocupación meramente académica, sino profundamente política. La distinción clara de conceptos como dictadura, democracia y república nos da herramientas para favorecer a unos y combatir a otros. A modo de ejemplo, la palabra “democracia” se utilizó frecuentemente como escudo conceptual por el poder de turno cada vez que alguien levantó la voz sobre la necesidad de proteger los pesos y contrapesos. En este sentido, según Vázquez, la claridad conceptual es un arma contra los mensajes políticos intencionados que buscan desdibujar las fronteras entre la verdad y la mentira.

En la segunda sección, el libro pone el acento en los principales actores políticos y sociales y su dinámica en la lucha por el poder luego del 2001. Al igual que en tantos otros aspectos de la vida pública argentina, el 2001 generó turbulencias y modificaciones en la dinámica partidaria hasta haberse encaminado nuevamente en un sendero de paulatina estabilidad.

Facundo Cruz estudia las transformaciones en el sistema partidario desde el retorno a la democracia en 1983 hasta nuestros días. El autor analiza el rol de las coaliciones, así como el papel que jugaron las PASO a lo largo de este período desde su primera implementación en las elecciones de 2011/2013. En este recorrido, diferencia cinco etapas, cada una de ellas analizada a partir de dos conceptos: la fragmentación y la (des)nacionalización. La primera etapa, que transcurre desde 1983 hasta comienzos de la década de 1990, fue la de un “mercado bipartidismo nacionalizado, estable y sólido” (p. 73). Se trata de una dinámica dominada por el binomio peronista-radical tanto en la arena nacional como en las distintas arenas provinciales. A partir de mediados de los noventa nos adentramos en una segunda etapa donde nuevos actores se suman a la competencia (por ejemplo, el FREPASO) y se consolidan ciertos partidos provinciales (como el MPN), lo que

conlleva un leve aumento de la fragmentación del sistema de partidos. Es acá donde comienza la tercera etapa con la conformación de la Alianza para las elecciones intermedias de 1997 y la competencia presidencial de 1999. Cruz recupera la idea de “ilusión de la Alianza” (p. 75) para caracterizar este momento: una ilusión que contuvo parcialmente la fragmentación, pero en la que los sistemas provinciales comenzaron a diferenciarse en sus patrones de competencia. A partir de la caída de la Alianza en 2001 entramos en la cuarta etapa, que se extiende hasta las elecciones nacionales de 2011, marcadas por una creciente desnacionalización del sistema de partidos. En esta etapa, los partidos políticos redirigieron su atención al nivel provincial como lugar de resguardo para los oficialismos locales. Así, profundizaron una diferencia no únicamente en los patrones de competencia entre la arena nacional y la provincial, sino también en las dinámicas de competencia en cada distrito; y amortiguaron en cierta medida la fragmentación partidaria a nivel nacional. La estabilidad bajo la espuma de la superficie. Sin embargo, a partir de las elecciones de 2015 (y la confirmación en 2019) parece haber comenzado una quinta etapa caracterizada por el *bicoalicionismo*. En las elecciones de 2015 las dos principales coaliciones electorales concentraron el 71% de los votos totales para la presidencia; mientras que en 2019 entre Juntos por el Cambio y el Frente de Todos ese porcentaje ascendió hasta 88%. Así, para Cruz, “[l]a estabilidad actual no viene de la mano de los partidos políticos sino de las coaliciones” (p. 78).

Por su parte, Alejandro Gunsberg pone la lupa en la dimensión de la representación política y la construcción identitaria. Tres ideas sobrevuelan su análisis: la identidad forma parte de la ubicación espacial, ideológica y moral de un sujeto en el mundo; es múltiple y cambiante (por lo que puede estar sujeta a reconfiguraciones); y se presenta de forma agonal en una tensión entre el yo y su alter. La crisis del 2001 dejó el espacio vacío para la (re)construcción de viejas y nuevas identidades políticas. Podríamos decir que la existencia de las identidades políticas es, por un lado, el resultado de un vínculo afectivo con un grupo dirigente, un partido o una ideología que escapa lo racional (como lo es la pertenencia a un equipo de fútbol); y por otro, una necesidad instrumental: las etiquetas partidarias reducen el costo de información para el electorado en cada nueva elección. La identidad peronista (con un proceso de reconversión) logró sobrevivir a la crisis de 2001. A su vez, la continuidad

de la vigencia de esta identidad en un sector del electorado conllevó también a que emergieran otras identidades a partir de su oposición.

Ernesto Calvo pone la lupa en el fenómeno kirchnerista partiendo de una pregunta concreta: ¿representa el kirchnerismo algo distintivo en cuanto evento político e institucional? Si bien destaca una particularidad en tanto su carácter predominantemente metropolitano y dependiente de las estructuras organizativas de la Provincia de Buenos Aires (lo que lo distinguiría tanto del menemismo como de la Renovación), Calvo considera que no existió una ruptura con la elite existente ni con las estructuras institucionales establecidas. Según su análisis, el kirchnerismo representaría nada más (y nada menos) que un nuevo ciclo político en el peronismo, esta vez, inclinado hacia la izquierda, pero que no conllevaría un cambio en las estructuras institucionales y organizativas del peronismo (una base territorial, una base sectorial, y una clase política profesional). Dos ejemplos: Néstor Kirchner fue un miembro orgánico del justicialismo durante el giro de Menem, así como Alberto Fernández fue Jefe de Gabinete del gobierno del primero. “Algo novedoso tendrá lugar en el peronismo cuando un *outsider* destrone a la élite política del partido” (p. 127), sentencia Calvo. Según el autor, el kirchnerismo no sería entonces menos institucional o partidario que las anteriores facciones predominantes al interior del peronismo. Calvo va un paso más allá, y señala que incluso la polarización (que algunos marcan como el rasgo más distintivo de la praxis política del kirchnerismo post 2009) tampoco trae novedades respecto al clima político general vigente en el resto de América Latina y el mundo. El autor aporta una serie de argumentos para sumar a una discusión que no tiene respuestas únicas.

Por su parte Lara Goyburu y Mariana Prats ponen el acento en otro actor: la Unión Cívica Radical y su supervivencia en los últimos 20 años que lo siguen constituyendo como un actor relevante de las coaliciones nacionales no-peronistas. A la situación del radicalismo a nivel nacional, golpeado por el terremoto del 2001 (en mayor grado que el peronismo), las autoras suman un análisis multinivel que revela importantes diferencias cuando sacamos la foto a nivel federal, rescatando la relevancia del ámbito local y el pragmatismo en las estrategias electorales para la supervivencia de la UCR. El análisis se focaliza especialmente en la performance electoral del radicalismo a nivel municipal en la Provincia de Buenos Aires. “En contradicción con la literatura que ha señalado al federalismo como una amenaza para la organización y cohesión de los partidos nacionales”, sostienen las autoras “para el

caso de la UCR la organización territorial multinivel ha contribuido en gran medida a la supervivencia radical” (p. 133). Las autoras traen a colación un elemento imprescindible: si queremos analizar el desempeño de los partidos políticos no podemos desatender el entramado institucional y la estructura de competencia en las cuales se mueven. En el caso argentino, el fuerte peso del federalismo en la competencia electoral lleva a que todas las arenas de competencia incluso para cargos nacionales (con excepción de la presidencial) tengan epicentro en las provincias. Al mismo tiempo, el arraigo local de los liderazgos sirve como estrategia de repliegue cuando corren malos vientos a nivel nacional (como señala Facundo Cruz en su capítulo al caracterizar la cuarta etapa del sistema partidario). El peso de la estructura multinivel es tal que en el caso del radicalismo (así como también en otros partidos), pudieron y pueden encontrarse alianzas distritales cruzadas con respecto a la arena nacional (aliados en una provincia que pueden ser opositores a nivel nacional y/o en otros distritos). Las estrategias de construcción coalicional siguieron entonces en muchos casos criterios distritales diferentes respecto a las estrategias nacionales. Sin embargo, en contextos donde hay competitividad en el plano nacional por la presidencia (1999, 2015 y 2019), podemos encontrar un efecto nacionalizador en el que los distritos tienden a replicar en mayor o menor medida los acuerdos nacionales.

Eduardo Minutella y Fernando Manuel Suárez realizan por su parte un análisis de un sector poco estudiado en Argentina: el progresismo, caracterizado por su heterogeneidad e indefinición. El suyo es un recorrido sobre cómo la crisis del 2001 terminó conduciendo a una nueva disputa por su sentido y agenda. El contexto internacional de crisis de las izquierdas tradicionales luego de la caída del Muro de Berlín, junto al giro en la agenda del gobierno de Menem hacia políticas pro-mercado, llevaron a que la década de los 90 y principios de los 2000 fueran el momento de gloria del progresismo como significativo político. “El progresismo se convirtió en un concepto ómnibus que sumaba descontentos y frustraciones contra un gobierno” (p. 149), señalan los autores. Sin embargo, el éxito electoral del Frepaso no conllevó a un proceso de organización interno de los fragmentos unidos más por el rechazo al gobierno de Menem que por una agenda claramente definida. La conformación posterior de la Alianza terminó de inclinar la balanza hacia una agenda progresista en lo político y cultural, pero dejando a un lado la definición de un programa económico propio. En este sentido, nunca hay que perder de vista el escenario internacional:

“la recomposición que comenzaba a verse en los años 90 era de una izquierda escorada hacia el centro, reconciliada con la economía de mercado y desconfiada del estatalismo bienestarista de posguerra” (p. 154) afirman Minutella y Suárez. Con la llegada de Kirchner al poder y la apelación a ciertos principios de la agenda progresista, se puso en una encrucijada a un sector que veía algunas de sus raíces en la oposición al Partido Justicialista durante la década anterior. Los fragmentos desparramados con la implosión del mosaico progresista comenzaron a encontrar nuevas claves de configuración. “El 2001 (...) marcó el principio del fin del progresismo idiosincrático de nuestra era, una centroizquierda de baja intensidad, con tono igualitarista y una agenda institucionalizada con eje en la lucha contra la corrupción” (p. 166). El clivaje kirchnerista marcaría entonces el reflote de la idea de las dos almas del progresismo: una liberal-socialista y otra nacional-popular.

Sol Prieto incorpora la perspectiva de género en el análisis de las transformaciones sociales que tuvieron lugar desde la crisis del 2001 a partir de una indagación sobre los cambios y continuidades en dos planos: la participación política (políticas públicas y representación política) y la participación económica (mercado de trabajo, política fiscal, economía de los cuidados, etc.). Bajo la idea de un proceso de inclusión subordinada, nos encontramos con continuidades en la desigualdad dentro del terreno económico de carácter estructurales (aunque con importantes cambios) y fuertes rupturas dentro del plano de la participación política a partir de un paulatino abandono del carácter subordinado de esta inclusión, reflejado por ejemplo en una creciente convergencia entre la representación descriptiva y la sustantiva.

En la tercera sección nos sumergimos en las instituciones de gobierno y la dinámica del juego entre poderes. Danilo Degiusti desmenuza el ciclo reformista que se abrió a partir del 2001 con sucesivas reformas políticas (e intentos de reforma) por parte de cada gobierno. La crisis marcó la necesidad de que “la política debía reformarse desde dentro para evitar el colapso, que sí habían sufrido y seguirían sufriendo algunos sistemas de partidos en la región” (p. 195). Los principios de democratización y transparencia marcarían el ritmo de los argumentos de cada intento de los oficialismos por llevar adelante sucesivas reformas con un eje fundamentalmente en la regulación de los partidos (en particular los requisitos para su creación /conservación, la selección de candidatos y el financiamiento). Cada reforma es analizada a partir de dos dimensiones que hacen al sentido de la misma y la

concepción sobre el rol de los partidos políticos: 1) el grado de injerencia de la normativa (reforma regulatoria o desregulatoria) y 2) diversas concepciones sobre el rol de los partidos políticos en el régimen democrático y su relación con los ciudadanos y el Estado. La tendencia que trasciende las fronteras argentinas es hacia una regulación cada vez más amplia y detallada que busca prescribir cómo debería ser el sistema de partidos antes que limitarse a generar incentivos específicos. El capítulo concluye con una invitación a la reflexión: “la pregunta pendiente es si de esta forma la regulación logra moldear la realidad o si, por el contrario, no hace más que correr de atrás a las transformaciones de los partidos y su ambiente” (p. 210).

Constanza Mazzina y Roberto Bavastro hacen un análisis sobre el devenir de las relaciones entre el Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo. Las relaciones entre poderes no son estáticas. Su maleabilidad radica en la capacidad de los actores políticos de aprender a lo largo del tiempo de los distintos resultados fruto de la combinación de estrategias políticas y reglas institucionales. Con el telón de fondo de un marco analítico que considera los cuerpos legislativos latinoamericanos como “reactivos” en cuanto al proceso de toma de decisiones, y a partir de la consideración de múltiples variables (tales como los poderes legislativos del presidente, el estilo de liderazgo, sus poderes partidarios, la conformación de mayorías parlamentarias, el control sobre las carreras legislativas, etc.) los autores analizan los distintos patrones de comportamiento en las relaciones ejecutivo-legislativo y oficialismo-oposición en Argentina luego del terremoto. Su análisis contribuye a complejizar la discusión, alejándonos de las ideas asentadas en el imaginario sobre una ausencia absoluta de cooperación entre oficialismo y oposición en el Congreso (“recalcitrante”) o la imagen del legislativo como un simple sello de goma (“subordinada”). Lo que encuentran los autores, es que la capacidad reactiva del cuerpo legislativo “se manifiesta a través de una estrategia retributiva que puede oscilar desde la negociación de diversos intereses parroquiales hasta la delegación (explícita o tácita) legislativa a manos del presidente de turno” (p. 225).

María Eugenia Coutinho pone el acento en uno de ellos: el Poder Ejecutivo con un balance que muestra luces y sombras. Con frecuencia solemos escuchar a hablar del sistema argentino como “hiperpresidencialista” en función de su rol central en la escena política y los recursos institucionales a su disposición (fuertes poderes de veto y decreto, autonomía para formar el gabinete, etc.). Sin embargo, la posibilidad de utilizar los recursos a disposición



para imponer una agenda determinada y evitar bloqueos está condicionada en gran medida por variables del contexto tales como el sistema partidario, el federalismo y los poderes partidarios. Coutinho se enfoca específicamente en el diseño, composición y organización de los gabinetes y el rol de la Jefatura de Gabinete de Ministros. Desde el punto de vista de la organización, señala una expansión de la cantidad de ministerios, su especialización, así como una reducción de la importancia del centro presidencial (en relación con las unidades que presta asistencia directa al presidente) y una paulatina consolidación de la figura del Jefe de Gabinete (si bien con características distintas a las que se buscaron al momento de su creación), condicionada por la confianza y el vínculo con el presidente. En cuanto a la conformación de los gabinetes ministeriales se mantiene la tendencia hacia el sesgo partidario del presidente (si bien con vínculos partidarios cada vez más laxos) y un débil criterio federal.

Margarita Fernández se enfoca en el tercer actor del sistema republicano: el poder judicial, en particular, la Corte Suprema de Justicia de la Nación. La autora analiza los cambios y las transformaciones en el rol institucional de la Corte desde el 2001 hasta el presente. Realiza una distinción significativa también en lo que tiene que ver con la propuesta de cambios y la efectiva concreción de los mismos. “Lo importante sería que cualquier cambio que se logre otorgue a la Corte Suprema de Justicia de la Nación el rol institucional que le permita desempeñar su función de manera eficiente e independiente” (p. 217), cierra.

Silvia Susana Toscano y Patricio Cetrángolo analizan el proceso de informatización del sistema judicial. Las TICs juegan un rol importante en la garantía de una justicia ágil y eficiente y recuperar la confianza de la sociedad en esta institución. Sin embargo, como señalan los autores, “si la implementación de estos sistemas modernos de gestión e información no van acompañados de modificaciones sustanciales en los sistemas procesales y en la estructura organizativa, lejos se estará de lograr el objetivo propuesto” (p. 277). A pesar de que aún no se alcanzó un sistema moderno de gestión ni se encontró una salida a la falta de confianza, en los últimos años se han logrado avances en el plano tecnológico, normativo y procedimental.

En la cuarta sección nos encontramos con un análisis sobre diversas políticas públicas. A pesar de las diferencias entre ellas, encontramos un patrón: la inestabilidad y

falta de regularidad. Juan Battaleme analiza la política exterior y de defensa desde una perspectiva crítica. “Una Argentina que todavía intenta encontrar su lugar en el mundo” (p. 292), es su diagnóstico de una política exterior muchas veces conducida desde la conveniencia política local. La política exterior y de defensa deben ser sustentables en el largo plazo. Esta sustentabilidad depende a su vez de la gobernabilidad y estabilidad domésticas. Si la política exterior argentina ha sufrido vaivenes que impiden encontrar un rumbo claro, su diagnóstico sobre la política de defensa es el de “una sostenida declinación y disfuncionalidad” (p. 292). La postura de Battaleme con respecto a cómo debe ser una política exterior coherente es clara: “(...) no se negocia o interactúa con los gobiernos y personas que a uno le resultan más afines en términos ideológicos con el propósito de dar respuesta a las minorías internas” (p. 304).

Por su parte, Paola Ferrari pone el acento en la gestión municipal. A partir de mediados de 1990 los gobiernos locales, como la cara más inmediata del Estado, pasaron de administrar, regular y construir la ciudad a gobernarla. Estos cambios que ampliaron la agenda municipal no fueron acompañados de una mayor autonomía fiscal por lo que el cuello de botella de mayores responsabilidades y recursos escasos, sólo se acrecentó, lo que en muchos casos termina conduciendo a agendas de gobiernos locales atrapadas en la coyuntura inmediata. El acrecentamiento de funciones que los municipios se vieron en la situación de afrontar profundizaron la complejidad de la red de intercambio interjurisdiccionales y con actores no estatales; los intendentes comenzaron entonces a ver en la capacidad de negociar recursos una habilidad ineludible para la gobernabilidad de sus municipios. Los desafíos de la gestión local asociados a una creciente autonomía política y persistente dependencia fiscal, continúan vigentes.

Néstor Cardozo analiza la evolución en las políticas de ingreso familiar para desempleados y las políticas previsionales desde la crisis de 2001 hasta nuestros días en tanto dos aristas fundamentales de la protección social en nuestro país, guiadas por lógicas diferentes (los programas de transferencia orientados fundamentalmente a sectores que se encuentran fuera de la relación salarial, y las jubilaciones y pensiones ancladas principalmente en el mundo del trabajo). El autor busca enmarcar las transformaciones en la gestión de estas políticas sociales a partir de los cambios en los tipos de intervención estatal (en cuanto interacción estatal-societal) para detectar rupturas y continuidades (tales como

la tendencia hacia un mayor *universalismo* en la cobertura). Finalmente, Miguel Ansorena Gratacos realiza un recorrido por las políticas educativas universitarias como un espacio y un campo de acción al servicio del sistema político y de las políticas públicas en particular, especialmente en tiempos de crisis. Como señala el autor: “La universidad se inserta necesariamente en el sistema político complejo y refleja las relaciones y características de la sociedad. No se puede separar la dinámica de la universidad de la dinámica social” (p. 354).

¿Con que nos encontramos entonces a 20 años de aquel terremoto? Veamos el lado positivo: el sistema político argentino, aún con todas sus deficiencias, ha logrado desarrollar una capacidad muy valiosa para procesar las crisis políticas mediante sus instituciones. Desde la transición democrática a comienzos de la década de 1980, incluso en los momentos en que estuvimos al borde del quiebre social y las instituciones fueron puestas fuertemente en entredicho, las crisis *en* la democracia no se convirtieron en crisis *de* la democracia. Los gobiernos pueden tambalear, pero el régimen se mantiene firme. Sin embargo, los desafíos persisten fundamentalmente en el plano económico. La acumulación de problemas que no encuentran solución de la mano de un Estado con sus capacidades puestas en entredicho en cuanto a algunas de sus funciones, sumado a un contexto internacional de crecientes desafíos y tensiones para la democracia como régimen político, nos lleva a que resaltar los claros del sistema político argentino no tiene que ser una complacencia sino un motivo para mantenernos alertas. En un contexto de creciente crisis del entramado social, las tensiones que se acumulan sobre el sistema político en forma de demandas (específicas y generales) llevan a veces a reflatar la idea de que Argentina pareciera ser por momentos “un país ingobernable”.

El fantasma de la antipolítica recorre el mundo. El descontento con el funcionamiento de las democracias y el rol que ocupan las elites políticas, sociales y económicas son un caldo de cultivo para estos movimientos. “Las aptitudes, las prácticas y los reflejos institucionales necesarios para sostener una democracia son sorprendentemente frágiles ante las amenazas del populismo, la polarización y la posverdad” (Naím, 2022, p. 89). Mientras otros países de la región muestran macroeconomías ordenadas con sistemas políticos disfuncionales, en nuestro país, con una economía que no encuentra su rumbo, tenemos un sistema político con muchos defectos pero que logra cumplir sus funciones básicas. Como señalan Facundo Cruz y Gastón Alfaro (2021) en la introducción a este libro,

“Sudamérica, cada tanto, tambalea. Mientras eso ocurre, Argentina se sostiene. Su democracia se mantiene viva con elecciones celebradas regularmente, sin interrupciones, injerencias ni cuestionamientos sobre su legitimidad o transparencia” (p. 10). Pensar la agenda de futuro para la Argentina debe partir del reconocimiento y el fortalecimiento de este logro, fundamentalmente porque nada está garantizado para siempre y la coyuntura por momentos nos nubla las miradas de mediano y largo plazo. La posibilidad de encontrar un rumbo que permita salir de nuestra montaña rusa económica precisa de una estabilidad institucional que contribuya a generar reglas de juego previsibles para todos los actores.

### Referencias bibliográficas

- Birch, Anthony (1993). *The Concepts and Theories of Modern Democracy*. London: Routledge.
- Cruz, Facundo & Alfaro, Gastón (coord.) (2021). *Después del terremoto. El sistema político argentino a 20 años de la crisis de 2001*. Buenos Aires: China Editora.
- Naím, Moisés (2022). *La revancha de los poderosos*. Buenos Aires: Debate.